

"El proceso previo al Noviciado: acompañar y discernir la llamada"

Madrid, 25 enero 2013

9 30 a 13 30 y de 16 00 a 18 00

Primera parte: Sobre la vocación

1. La vocación y lo vocacional

Tras la celebración del Congreso Europeo sobre Vocaciones en 1997, se publicó el documento *In verbo tuo* en el que se presenta la situación vocacional europea, se desarrolla una teología de la vocación y se proponen unos principios generales de pastoral vocacional. El mismo documento ofrece una serie de orientaciones que tienen que ver, entre otras cuestiones, con la promoción de una cultura vocacional, como condición de posibilidad para que se suscite la vocación, con la necesidad de dar un salto de calidad en la pastoral vocacional o con el protagonismo de la comunidad cristiana.

In verbo tuo realiza, igualmente, un pormenorizado análisis de la pastoral vocacional describiendo los rasgos que la identifican y aquellos que deberían tenerse en cuenta:

- no se resigna ante las circunstancias desfavorables;
- está animada por la convicción de que toda persona es un don original de Dios, que espera ser descubierto;
- ayuda a la persona para que sepa discernir el designio de Dios sobre su vida;
- no nace del miedo a la desaparición o a la disminución de vocaciones sino que cede el puesto a la esperanza cristiana.

Una de sus mejores aportaciones es, sin duda, la reflexión que realiza sobre lo vocacional y las consecuencias que tiene sobre la vocación. El gran acierto de este planteamiento es destacar la centralidad del dinamismo vocacional como ámbito de experiencia antropológica y espiritual desde el que se suscita la vocación.

Para el Documento final del Congreso Europeo sobre Vocaciones la cuestión está en un debilitamiento que se puede reconocer tanto en la comprensión vocacional de la vida como en el modo de hacer la propuesta vocacional a los jóvenes o en la misma comunidad cristiana que debe realizarla. Y es que, como algunos autores afirman: *"el elemento vocacional intrínseco a la fe cristiana se ha desplazado en la vivencia de la fe de muchas comunidades a una zona marginal sin que constituya parte del núcleo esencial, del terreno firme, de los explícitos gozosos, evidentes y celebrados, desde los que se configura el entramado elemental y el armazón interior de la vida cristiana"*¹

- **Una imaginación secularizada**

¿Qué está provocando este debilitamiento de lo vocacional? En primer lugar hay un factor de tipo cultural. Una cultura se define por ser un entramado de significados compartidos por todas aquellas personas que la componen. Es lo que la sociología de la vida cotidiana denomina «definiciones de la realidad», es decir, aquellas interpretaciones básicas de la realidad con las que espontáneamente nos manejamos en la vida diaria: qué es lo deseable, lo concebible o imaginable...

¹ G.URÍBARRI, SJ La vida cristiana como vocación, *Todos Uno*, 149 (enero-marzo 2002)

Estos significados los tomamos prestados y los asimilamos, inconscientemente, de entre las actitudes vitales predominantes. De hecho, se constata que lo que moldea a la mayoría de las personas *“es la convergencia de toda una serie de mensajes implícitos recibidos de su contexto social, que tienen un influjo decisivo sobre el horizonte de sus esperanzas”*². Estos mensajes van impregnando la imaginación y la van poblando, sin que nos demos cuenta, por medio de imágenes que interiorizamos hasta convertirse en presupuestos sobre la realidad. Por ello, si toda cultura tiene un modo propio de imaginar el mundo, el de nuestra cultura es una imaginación secularizada donde lo vocacional, con todo lo que comporta, queda arrinconado. ¿Puede suscitarse la vocación cuando lo vocacional está debilitado por esta imaginación secularizada? ¿Es posible que un joven llegue a imaginar la posibilidad de una vocación cuando se ha asimilado que la vida es la realización de los propios deseos, objetivos o metas? Lo vocacional no arraiga en lo que “yo deseo” sino en que “soy deseado”, por ello, todo itinerario vocacional debería ayudar a despertar esta experiencia fundante sin la cual no es posible la vocación.

- **Subrayados en el modo de proponer lo de Jesús**

Un segundo factor tiene que ver con el subrayado que se han hecho en algunas dimensiones del seguimiento de Jesús. La intención es hacerlo comprensible y quizá por ello se ha presentado de una forma razonable. Proceder de este modo ha llevado a destacar aspectos como el compromiso, la opción personal o la felicidad. Nos las ingeniamos de mil maneras sabiendo que no lo tenemos nada fácil y, a pesar de eso, triplicamos nuestra creatividad empleando más y mejores recursos. Reconocemos que en los jóvenes se dan distintos tipos de respuesta que llegan a concretarse en compromisos de diversa intensidad y duración. Sin embargo, contemplamos con perplejidad que sólo en unos pocos lo vivido les lleva más allá de lo concebible y razonable.

Quizá esta situación es un síntoma de algo más profundo que algunos autores han logrado identificar: *“el paradigma evangelizador de los últimos veinticinco años ha producido un cristianismo al que se ha identificado como «cristianismo de tareas»: busca la eficacia del Amor y olvida la gratuidad, el don, el misterio que es el Amor. Ha primado la opción y la voluntad, lo profético, el compromiso y la denuncia, frente a la gracia, la experiencia, la seducción, la comunicación, la ternura y el anuncio, sin conseguir una integración”*³. Cabe preguntarse entonces si una pastoral concebida de esta manera integra suficientemente el dinamismo vocacional y posibilita que la vocación se pueda plantear.

El Congreso Europeo sobre vocaciones reconoció un papel esencial a la pastoral desde el convencimiento de que *“toda la pastoral, y en particular la juvenil, es originariamente vocacional”*⁴. Esta comprensión ha ido impregnando progresivamente el modo de concebirla de modo que es irrenunciable el presupuesto de que Dios llama a cada uno al seguimiento de Jesús y lo hace de modo personal a distintos estados de vida y modos de estar en la Iglesia y en el mundo. Por ello, toda forma de anuncio del Evangelio es vocacional. Si el ser cristiano es una vocación al seguimiento de Jesús, toda pastoral, especialmente la juvenil, debe tener un componente vocacional ineludible que trata de hacer comprender que la vida es respuesta a la llamada de Dios. Como afirmaba Juan Pablo II con ocasión de la XXXII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones: *“la dimensión vocacional, por tanto, es parte integrante de la pastoral juvenil, hasta el punto de que, en síntesis, podemos afirmar: la pastoral específica de las vocaciones encuentra en la pastoral juvenil su espacio vital; y la pastoral juvenil es completa y eficaz cuando se abre a la dimensión vocacional”*. Estas

² M.P.GALLAGHER,SJ Nuevos horizontes ante el desafío de la increencia: *Humanitas* 6 (Abril-Junio 1997)

³ V.MARQUÉS,SJ En busca de un nuevo paradigma de evangelización de los jóvenes, *Misión Joven*, (Marzo 2000)

⁴ *Instrumentum Laboris*, 59.

reflexiones nos plantean preguntas que en algún momento nos deberíamos hacer para fortalecer lo vocacional en las propuestas pastorales que deseemos iniciar.

2. La mistagogía vocacional

El planteamiento mistagógico que hace el documento *In Verbo tuo*, es su segunda gran aportación: “O la pastoral vocacional es mistagógica, y, por tanto, parte una y otra vez del Misterio (de Dios) para llevar al misterio (del hombre), o no es tal pastoral” (NVNE, 8).

Los relatos bíblicos presentan este carácter mistagógico al mostrar itinerarios que conducen a un reconocimiento del Misterio de Dios acogido con sobrecogimiento. Le sucede a Job tras un largo recorrido de preguntas ante tanta pérdida y a Elías tras llegar a la montaña en la que se esconde huyendo de aquello que le amenaza; a Samuel le ocurrirá en medio de la noche y el sueño, a Jeremías bajando al taller del alfarero y a Jonás huyendo de Nínive.

Lo mistagógico se despliega, por tanto, a partir de la irrupción del Misterio de Dios provocando en la persona un dinamismo espiritual: la transformación de su horizonte vital y la reorientación de su existencia. Benedicto XVI nos lo recuerda al afirmar que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE, 1) Aquí se condensa el marco de todo itinerario vocacional que identificamos a partir de tres palabras clave: encuentro, horizonte y orientación.

- **El encuentro como acontecimiento**

Es evidente que todo lo que vivimos nos afecta de distintas maneras: hay situaciones que “nos resbalan” quedando en lo epidérmico de cada uno sin llegar a tocar niveles hondos donde nos reconocemos afectados y conmovidos. Situaciones, en definitiva, que no son determinantes porque no dejan huella, no nos marcan ni dejan rastro en nosotros, tan solo algunas sensaciones. Pero también hay situaciones que “tocan el corazón” y tienen la capacidad de afectarnos hasta el punto de despertar algo nuevo. Son experiencias que tocan el fondo de la persona, son fundantes, marcando un antes y un después.

Una de esas experiencias tiene que ver con el encuentro en la medida que ponemos en juego nuestra capacidad de dejarnos afectar. Es entonces cuando *algo* en nosotros se intensifica, cobra fuerza, se moviliza y dado que el deseo es el soporte afectivo de toda experiencia humana podemos reconocer que es justamente ahí, en el deseo, donde se produce esa intensificación. Este deseo intensificado siempre busca mayor vinculación e identificación con aquel que nos ha afectado -“más contigo” y “más como tú”- desplegando un nuevo horizonte y apasionando más el corazón. Se trata, en definitiva, de una fuerza, un impulso que orienta toda la existencia en otra dirección.

Un dinamismo así se pone en movimiento a partir de experiencias como las de encuentro que ofrecen al deseo los contenidos que necesita y los intereses vitales que orientan y unifican las energías afectivas en un mismo sentido. Sólo de este modo nos dejamos afectar y nos empezamos a preguntar qué significa lo vivido, qué fuerzas despiertan y hacia dónde nos mueven. Llegará un momento en que el deseo se hará proyecto que comprometa la libertad en una decisión.

- **Todo comienza con un encuentro**

Así lo refiere Schillebeeckx: “Todo comenzó con un encuentro. Unos hombres —judíos de lengua aramea y quizá también griega- entraron en contacto con Jesús de Nazaret y se quedaron con él. Aquel encuentro y todo lo sucedido en la vida y en torno a la muerte de Jesús hizo que su vida adquiriera sentido nuevo y un nuevo significado. Se sintieron

renovados y comprendidos, y esta nueva identidad personal se tradujo en una solidaridad análoga con los demás, con el prójimo. El cambio de rumbo de sus vidas fue fruto de su encuentro con Jesús. No fue un resultado de su iniciativa personal, sino algo que les sobrevino desde fuera⁵.

Es una constante a lo largo de toda la Escritura: Dios sale al encuentro del hombre y lo hace en medio de cualquier circunstancia mostrando su iniciativa precedente a todo deseo humano. Y es que Dios "se ofrece y nos busca permanentemente y de mil maneras a todos y cada uno de nosotros, a través de personas, experiencias y acontecimientos que alientan nuestra existencia, nos interpelan y nos atraen hacia él"⁶. Cuando este querer de Dios se hace iniciativa desplegada en la persona, ésta "se orienta, más bien, a hacerse disponible, a escuchar y acoger, a sintonizar con la llamada que se le hace, a dejarse buscar por Dios. No se trata de conocer a Dios, sino, más bien, de reconocerlo: Dios estaba ahí, y yo no lo sabía (Gn 28,16)"⁷.

Las narraciones bíblicas dejan constancia, igualmente, de que esta experiencia sobreviene desde fuera y que no ha sido provocada o pretendida por la persona: es la centralidad de la iniciativa de Dios que irrumpe en ella. De un modo inesperado y sorprendente se hace presente y el hombre se reconoce alcanzado por algo, mejor dicho, por Alguien que impacta de un modo desmedido y desmesurado. A partir de ese momento, todo se desencadena. Quien vive algo así sabe que no responde a ninguna lógica previsible sino que, más bien, es una fractura que marca un antes y un después. No es cuestión de la intensidad con que se presenta sino de la brecha que abre, de la hondura que alcanza y la conmoción que provoca. Por eso, tales experiencias constituyen hitos en la vida de las personas, acontecimientos inolvidables que, con frecuencia, aunque no siempre, suponen el comienzo de una etapa nueva.

Benedicto XVI lo expresa magistralmente cuando afirma: "ser cristiano es un proceso pasivo, algo que acontece en nosotros"⁸. Y es que lo esencial de la vida no lo elegimos, nos encontramos con ello, nos es dado. Pero no es fácil asimilar algo así cuando estamos configurados desde categorías como la autorrealización que han llegado a tener carta de ciudadanía hasta en el modo de asimilar el seguimiento de Jesús. Quizá por ello son comprensibles las reacciones que se producen y las dificultades para entender lo que está sucediendo: la irrupción del don hace que nos sintamos amenazados porque su aparición en el horizonte de nuestras vidas desarma el ego y éste se defiende. Y surgen las reacciones.

Están los que dicen "ahora no puedo" y se llenan de justificaciones que lo explican. Motivos aparentes, cargados de razones que la persona se acaba creyendo. Oyes decir "no puedo" e intuyes que, en realidad, se está diciendo "no quiero". ¿Miedo ante algo que resulta amenazante? Es bastante probable. Costará mucho reconocerlo y, mientras tanto, se desplaza el problema echando balones fuera con razones que justifiquen semejante actitud. Algo así lo encontramos en el joven rico (Mc 10,17-22) o en los que ponen excusas (Lc.9,57-62).

Están también los que van tomando algunas decisiones, y esto les transmite la sensación de que ya están respondiendo a la invitación que se les hace. En realidad, es un mecanismo de defensa que les evita enfrentarse con la decisión de responder a las claras: "que vuestro sí, sea sí y vuestro no, sea no" (Mt. 5,37). Y siempre están los que logran acoger el horizonte

⁵ SCHILLEBEECKX, E., *Cristo y los cristianos*. Gracia y liberación, Ediciones Cristiandad, Madrid 1982, p. 13.

⁶ CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE NAVARRA Y EL PAÍS VASCO, *Al servicio de una fe más viva*, San Sebastián 1997, n.36

⁷ ib., n.37

⁸ Audiencia del 10 de diciembre de 2008

que se despliega ante ellos y comienzan a dar pasos en esa dirección: son los que dejan de conjugar verbos tan extraños al Evangelio como agarrar, aferrarse, acumular, apropiarse y poco a poco van aprendiendo otra gramática en donde se conjugan verbos tan paradójicos como perder, soltar, desprenderse y desapropiarse. En definitiva, están haciendo suyo el horizonte de Jesús.

- **La comprensión de lo sucedido vendrá luego**

Conocemos el relato de la vocación de san Pablo: va de camino a Damasco para apresar a los discípulos que se habían dispersado y ocultado tras la matanza del diácono Esteban. En el camino vive un encuentro que alcanza lo más nuclear de su existencia: ve algo, mejor dicho, ve a Alguien que le sale al paso y se dirige a él. Aquello le derribó. Fue inesperado. Le cegó. No entendía lo que podía significar. Ante algo que irrumpe tan inesperadamente, Pablo queda desencajado e incapaz de nombrar lo que ha pasado. El horizonte en el que se estaba moviendo hasta ese momento queda completamente desdibujado: *«aunque tenía sus ojos bien abiertos, no veía nada»* (Hch 9,8).

Lo que le sucede a Pablo en el camino de Damasco tiene que ver con ese tipo de experiencias desconcertantes, que rompen la armonía y el orden en que vivía hasta ese momento. Se encuentra ante algo que no es comparable con nada que le hubiera sucedido con anterioridad, y por ello lo percibe como novedad; se halla ante algo que supera los límites de su marco interpretativo y por ello se siente desbordado. En ese momento aparece Ananías, que le ayudará a ver y comprender con claridad no sólo lo que había sucedido en el camino sino también el horizonte hacia el que apunta: *“él es mi instrumento elegido para difundir mi Nombre entre paganos, reyes e israelitas”* (Hch.9,15).

Es una realidad constatada en todas las narraciones bíblicas: primero es la experiencia, más tarde, vendrá la comprensión de lo sucedido. Se necesita, por tanto, tiempo para encajarlo y asimilarlo porque lo sucedido desborda el marco de comprensión al no haber categorías que lo expliquen: es la conciencia de que todo se queda pequeño en comparación con lo que ha pasado a partir de este encuentro.

Por ello, el reconocimiento y comprensión de lo vivido como momento constitutivo de lo mistagógico es uno de los aspectos más característicos del Evangelio: los discípulos, los apóstoles, los testigos, no acaban de comprender tras el impacto lo que les ha llegado. El sentido y la inteligencia vienen después del acontecimiento. Hay un retraso en el entender. Dios pasa y no se le reconoce más de que *de espaldas*, nos dice la Biblia, cuando ya ha pasado, después del impacto. Por eso, Pablo no se entiende sin Ananías. El lugar que éste ocupa en su itinerario es fundamental, y su modo de proceder exquisito: le acoge y le acompaña en un momento fundante, y luego desaparece. Ananías tan sólo está al servicio de aquello que el Espíritu ha despertado en Pablo, sin suplantar a Aquel que tiene el verdadero protagonismo, sin manipular la obra de Dios, consciente de que es Él quien va gestando lo nuevo, discípulo que ve y escucha en profundidad, hasta el punto de percibir esos gemidos que el Espíritu va balbuciendo en cada criatura (Rm 8,23).

Ananías ayuda a Pablo a nombrar lo que le ha sucedido en el camino porque toda experiencia comporta dos momentos: su vivencia y su comprensión. Sólo si lo vivido es asimilado e incorporado, la vivencia podrá otorgar un nuevo horizonte y una nueva orientación a la persona.

3. Itinerarios vocacionales

“Proponer hoy la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir” fue el documento conclusivo de la Asamblea de los Obispos de Québec en marzo de 2000. La propuesta que hacían era la de un doble desplazamiento: primero pasar de una comprensión de la transmisión de la fe

donde todo se realiza de un modo progresivo transcurriendo de una etapa a otra, a una comprensión donde *“lo que nos importa es remontar hasta allí donde la fe tiene su fuente; es decir, hasta el corazón de la experiencia de la gente. La fuente está en las personas, en los momentos esenciales de su vida, en las experiencias más básicas en que se dieron las primeras vibraciones, los primeros rumores de la fe. Esta fuente es la que está en el punto de partida de todos los caminos y es la que hay que volver a buscar continuamente, abrirla, canalizarla”*⁹.

El segundo desplazamiento tiene que ver con el paso de una propuesta de la transmisión de la fe programada a partir de cursos a otra diseñada a modo de itinerarios: *“Proponer hoy la fe a los jóvenes no es tanto darles cursos cuanto sugerirles itinerarios de vida, invitarles a dar algunos pasos en el sentido del Evangelio, como quien hace un trecho del camino, como quien descubre poco a poco un país, un territorio nuevo, desconocido. Y todo ello con acompañamiento”*¹⁰

La experiencia da que, en ocasiones, las personas alcanzamos a tocar esta fuente cuando algo nos ha afectado de tal modo que nos ha puesto en contacto con esa profundidad y hondura que nos habita. En algunos es un instante casi imperceptible que se pierde y queda anegado en la vorágine del día a día. En otros, es el inicio de un itinerario nuevo hecho a base de trazos discontinuos, desconcertantes e imprevisibles. No sabemos si eso que acontece de forma fragmentaria acabará produciendo un dinamismo vocacional pero no dejan de ser ocasiones donde algo nuevo puede comenzar.

- **Búsquedas de sentido**

Que todos anhelamos vivir con sentido es una evidencia inapelable: que ese anhelo se concrete en una búsqueda que comprometa la persona ya no lo es tanto, pero sucede. Es un impulso que algunos reconocen con distintas intensidades en momentos de su vida. Las razones que le empujan a ello son diversas y sus motivaciones diferentes pero, sea como sea, hay personas que se embarcan en una búsqueda inaplazable de sentido. Desean saber hacia dónde dirigir sus pasos, encontrar la respuesta a lo que realmente merece la pena. Por ello, descubrir ese horizonte de sentido se convierte para algunos en el inicio de un itinerario vocacional.

Hasta ese momento han funcionado a base de metas que ellos mismos se habían marcado o que otros les habían señalado. Muchas de esas metas responden a expectativas generadas por el entorno familiar o social, asimiladas con una convicción insuficiente. Si les preguntas qué es lo quieren, probablemente te contestarán que “ser felices” a pesar de no tener muy claro cómo lograrlo. Esas metas y esa felicidad hacen pie en valores que se han ido asumiendo con la certeza de ser lo más lógico y razonable. Han hecho de su vida la ocasión para lograrlas, entregándose con todas sus fuerzas y empeño a esta causa. Invierten mucho en ello: sacrifican lo que sea necesario, pagando el precio impuesto con la esperanza de llegar a ser felices. Algunos lo consiguen; otros terminan con la sensación de quedarse a mitad camino.

B.H. ha logrado lo que deseaba al empezar a trabajar en una conocida multinacional. Todos sus esfuerzos se empezaban a ver recompensados al haber llegado a una de las metas que se había marcado en la vida. Le gustaba mucho lo que hacía y disfrutaba con ello. Ver como le daban responsabilidades le motivaba y, por ello, no le importaba meter las horas que hiciera falta. Casi sin darse cuenta fue entrando en un círculo que ahora le parece infernal: se trataba de optimizar resultados a costa de lo que fuera. Aquel inicio tan

⁹ “Proponer hoy la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir” Asamblea de Obispos de Québec (marzo de 2000), en *Proponer la fe hoy*, Sal Terrae, p.168-169

¹⁰ *Ibid*, p.171

prometedor fue dando paso al encontronazo con la realidad que se volvía cada vez más exigente. Fue un cúmulo de situaciones que le empezaron a plantear la pregunta de si ganar cada vez más y ascender por encima de quien fuera era lo que realmente quería.

Y es que una cultura, capaz de justificar el sinsentido de algunos medios para lograr determinados fines lleva a que algunos acaben haciéndose preguntas. Personas que se acaban sintiendo piezas de un sistema, de un engranaje que los utiliza y les exige pagar altos precios en aras de un supuesto bien mayor. Se necesita mucho coraje para llegar a hacerse esas preguntas esenciales e iniciar una nueva búsqueda de sentido. Estas preguntas, esta búsqueda pueden quedar diluidas en medio de un ritmo de vida invadido por reclamos y exigencias insostenibles. Es una oportunidad que puede pasar desapercibida en medio del ruido exterior e interior en el que vivimos. Algunos relatos vocacionales comienzan justamente por ahí y serán ocasión propicia para reconocer cuales son los deseos más profundos que mueven el corazón y orientan la vida.

- **Experiencias de "efecto bofetada"**

Solo deseamos aquello que percibimos como deseable. Esto es evidente y por ello no insistiremos. Pero no podemos ignorar, y aquí está la cuestión, que los códigos que configuran lo deseable vienen filtrados por la cultura dominante. Dicha cultura, según el jesuita irlandés Michael Paul Gallagher¹¹, sitúa a muchos en lo trivial bloqueando así su libertad para elegir. Autores como Xavier Melloni¹² prefieren hablar de superficialidad. Otros, como Xavier Quinzá¹³ lo expresan en categorías de banalidad.

Sea como sea, lo cierto es que si los códigos de "lo deseable" no son trastocados, siempre desearemos lo mismo aunque el objeto de deseo cambie. Y es que no se trata de desear más o desear otra cosa sino de alterar los códigos que determinan qué es "lo deseable". Es evidente que elegimos movidos por el deseo, pero también lo es que el deseo está codificado por ese entramado estable de significados compartidos que es una cultura. Esta urdimbre cultural es la que determina qué es lo deseable o indeseable, ofreciéndonos así un abanico más o menos amplio de opciones entre las que elegir. ¿Es posible desear más allá de lo que culturalmente se nos ofrece como deseable? Más aún ¿pueden ser alterados los códigos que configuran nuestro deseo? Y si así fuera, ¿cómo se produciría dicha alteración?

En todos los relatos vocacionales la irrupción del Misterio no despierta un deseo más o un deseo nuevo sino que, revelándose como Presencia, altera lo concebiblemente deseable. No lo hace ofreciendo razones convincentes o despertando emociones incontenibles sino que lo hace de un modo que ni la misma persona alcanza a comprender: fascinando y atrayendo irresistiblemente. Imprevisible, pero sucede colándose por cualquier rendija. Para entonces los códigos de lo razonablemente deseable se verán alterados y lo que hasta ese momento era incomprensible e irrealizable dejará de serlo.

El deseo de plenitud es una de esas rendijas. ¿Qué pasa cuando la propia vida está bien pero sientes que se queda corta? Numerosos relatos vocacionales se han tejido y se están tejiendo desde esta pregunta. Ven su vida y no es que esté bien o mal simplemente sienten que se les queda corta. No se trata de una reflexión sino de una certeza que no pueden quitarse de encima. Y es que por más deseos que acumulen, hay algo que se resiste a conformarse y aceptar el modo de vida al uso. La comprensión de lo que es deseable ha quedado trastocada y alterada.

¹¹ M.P.GALLAGHER, *Nuevos horizontes ante el desafío de la increencia*: Humanitas 6 (Abril-Junio 1997)

¹² X. MELLONI, "Accesos a la interioridad", *Sal Terrae* 91 (2003) 33-42

¹³ X.QUINZÁ, "Formarse es transformarse", Tema del Seminario para Formadores organizado por el Departamento de Formación de CONFER, celebrado del 12 al 16 de marzo de 2007.

Asociamos la plenitud con la sensación de estar llenos pero, ¿qué pasa cuando no te sientes lleno sino empachado? Algunos relatos vocacionales comienzan a narrarse a partir de un tumbativo “ya no más”. Es una constatación inapelable de atiborramiento que invade a la persona saturada. Experimentan que ya no les cabe más. Quizás es el precio que se debe pagar para sentirse feliz en esta sociedad del bienestar. Simplemente deciden dejar de pagar ese precio.

No han llegado hasta ahí por análisis e introspección sino por una evidencia que se impone. Un buen día sucede: un choque frontal contra la realidad que se había intentado ocultar y que, de pronto, se planta con la arrogancia de quien se siente intocable e invulnerable; una fisura en la esperanza de llegar a ser lo que se deseaba; un desplome estrepitoso de los cimientos en los que se sustentaba; una hemorragia de ideales que parecían dar sentido y orientación. En esos momentos el deseo ya no sigue un proceso lineal y ascendente sino que queda desafortunado, descolocado. En esos momentos, la vida como realización de los propios deseos deja de ser la única forma de entenderla. Y es que las cuentas dejan de cuadrar y la hoja de ruta marcada empieza a resultar inconsistente. No es que esté ni bien ni mal, simplemente se están dando cuenta de que puede ser de otro modo, pero no hay todavía claridad sobre el cómo: las preguntas surgen a borbotones; los intentos por seguir igual, inútiles; las negaciones de la evidencia, inservibles. No hay muchas respuestas, sólo un cúmulo de preguntas que se van amontonando.

Alex Rovira habla del **efecto bofetada**, un momento de lucidez donde *“lo que no nos planteamos por convicción nos estalla en las narices por compulsión y reclama una respuesta. Entonces, la reflexión sentida y el sentimiento pensado se imponen”*¹⁴. Entonces el mundo construido con tanto esfuerzo queda alterado y se palpa la propia insuficiencia. Entonces se queda expuesto a una palabra que uno no puede decirse a si mismo.

Algo así suele presentarse no tanto cuando la plenitud se identifica con la realización de ideales sino cuando, en plena crisis de realismo, se vislumbran otros derroteros. Les descoloca porque no estaba previsto en el guión. Les desorienta porque no se sabe interpretar lo que sucede y los recursos adquiridos hasta entonces no sirven. Se encuentran ante algo que ellos no han provocado, simplemente les está sucediendo.

Está siendo habitual encontrarse con jóvenes adultos que se preguntan por su vocación en estas circunstancias y lo hacen, en no pocos casos, a partir de la imperiosa necesidad de reorientar sus vidas. No han llegado hasta ahí de la mano de potentes ideales que se desean vivir o siguiendo el rastro de nobles metas que buscan alcanzar, sino a partir de evidencias que se imponen. Es un tiempo nuevo en el que hay que desaprender que la plenitud anhelada no es el resultado de los deseos proyectados. Es un espacio nuevo en el que se empieza a descubrir que dicha plenitud es ofrecida y acogida, nunca conquistada.

- **La intensificación del deseo**

Los deseos despiertan ante el ideal de un horizonte que moviliza. Muchos hemos despertado al sentido de la existencia desde ideales que se nos propusieron en nuestra infancia y adolescencia: la virtud, el Reino de Dios, la persona de Jesús, la causa del hombre, el compromiso por transformar la realidad... Estos ideales se nos presentaron encarnados en personas que nos atrajeron de un modo fascinante, o en relatos que leímos y nos cautivaron, o en valores que se nos propusieron. Todo aquello despertó y movilizó en nosotros el deseo y éste, al identificarse con un ideal, creó convicciones y motivó conductas estables. Aquellas personas que admirábamos, aquellos relatos que leíamos, aquellos valores que descubrimos nos ofrecían los contenidos necesarios para que nuestros intereses vitales se fueran orientando y nuestras energías afectivas se fueran unificando en una

¹⁴ A.ROVIRA, “La hoja de ruta personal”, El País Semanal (27 Enero 2008)

dirección. De esta manera, el deseo se fue haciendo proyecto que movilizó nuestra voluntad y comprometió nuestra libertad en una decisión. Se estaba creando una primera vinculación con Jesús trabada a base de ideales hacia los que tender y de valores que encarnar, era una primera vinculación, esencial y necesaria.

Le sucedió a M.G. Entregada incondicionalmente en la Cáritas de su Parroquia, multiplica su tiempo para abarcar innumerables proyectos. Todo le parece poco y así lo siente cuando contempla al Señor Jesús lavando los pies. En su oración identifica deseos de mayor entrega, hasta que un día se produjo un descubrimiento inesperado. Con asombro empezó a darse cuenta de que no se trataba de servir más y mejor sino de hacerlo desde donde lo hace Jesús, desde abajo. Aquello le abrió en canal. Descubrió que la mirada del Señor en el lavatorio no era una invitación a redoblar su entrega y servir con mayor intensidad. Su mirada era un imán que le atraía poderosamente hacia donde Él estaba: abajo. Inconcebible y, al mismo tiempo, fascinante.

El Señor Jesús se le presenta bajo el signo de la cruz y el abajamiento no para cuestionar sus deseos de mayor seguimiento sino para redimensionar su realización por derroteros inconcebibles. Y es que cuando el deseo está configurado desde códigos como el de la autorrealización sólo es posible desear aquello que los favorezca. Por supuesto, hacerlo bajo el signo de la cruz no parece la mejor opción. Algunos experimentan esta paradoja, el deseo es intensificado: experiencia fundante que abre una brecha en el deseo, llevándolo más allá de lo imaginable.

- **Rupturas de lo banal**

Hay preguntas que son molestas y, en ocasiones, hasta impertinentes. Preguntas que como el calor pegajoso del verano no te puedes quitar de encima por más que hagas. De pronto se plantan delante. Las miras con extrañeza y puedes prescindir de ellas, ignorarlas, obviarlas o evitarlas. Da igual la actitud que tomes. Lo cierto es que esas preguntas están ahí y tarde o temprano se deberán afrontar.

Las preguntas se abren ante nosotros, interrogativas, exclamativas, admirativas. Les podemos poner los puntos suspensivos que queramos y hasta cuando queramos, lo cierto es que están ahí y tarde o temprano se deberán afrontar. Responderlas es un ejercicio de libertad que puede sacar de lo banal, ese ámbito de la vida en el que es tan fácil acabar instalado.

Se puede vivir a veces la vida como habituada, sin pena ni gloria, vacía. "La rutina diaria", decimos. Y así, poco a poco, sin darnos cuenta, lo banal nos va configurando a su medida; seremos entonces sólo lo que hacemos o lo que nos pasa. Ya no hay cambios apenas en nosotros, somos los de siempre y como siempre, fijados en la costumbre, sin posible crecimiento ni avance personal. Vivimos así en una cómoda y engañada paz, negándonos a cualquier inquietud, contentos con la seguridad que proporciona el estar instalados, en una repetición constante de nosotros mismos. Impermeables a lo nuevo, desperdiciando nuestros talentos, apocando los deseos, perdida la viveza del "amor primero" (Apocalipsis 2,4). Y con un cierto tedio insatisfecho.

O, tal vez, es la ansiedad constante la que nos arrastra y zarandea con mil tensiones y prisas, de tal modo que nos roban la necesaria paz para lo esencial y fundante, entregados a lo inmediato, siempre ajenos a nosotros mismos o, a lo más, instalados en los arrabales de nuestro corazón. ¿Se puede salir de esa banalidad? ¿Se puede cambiar, romper con una situación dominada por la inercia?

Algunos están en ello y deben enfrentarse a sus miedos. Miedo a romper con la vida habituada, repetitiva y a derribar las barreras de todo aquello que les deja varados. Miedo a su propia debilidad, al creer que no podrán salir de ese ámbito de banalidad, a las

presiones que reciben de dentro y de fuera de ellos. Y sin embargo en el interior de ese miedo, si se le reconoce, acepta y no se esquivo, puede escucharse al Espíritu de Dios, estimulante y eficaz. El Espíritu de Dios trabaja en lo profundo de cada situación, incluso donde se le cree ausente, dándole sentido. Se tiene miedo a Dios, que se traduce en defensa ante Él cuando se cierran todas las puertas a su entrada en la propia vida, con mil estratagemas, autoengañado ante Dios.

Segunda parte: Sobre el acompañamiento vocacional

1. El “qué” del acompañamiento

- **El horizonte del acompañamiento**

Lo sabemos por propia experiencia: la cercanía a la persona de Jesús y su Evangelio ha dado anchura y horizonte a nuestras vidas. Hasta ese momento quizá habíamos vivido a base de metas. Las habremos logrado o no, pero lo cierto es que a veces sentimos que se quedan cortas, que no responden a ese impulso interior que nos empuja y que nunca parece verse satisfecho.

Las metas nos las ponemos a nosotros mismos, el horizonte nos es dado. Es un “hacia donde” encaminarse que orienta y que moviliza más allá de las fronteras de lo razonable y los lindes de lo lógico. Quizá por eso, cuando se nos va desvelando tenemos la impresión de haber dado con el tesoro escondido y de haber encontrado la moneda perdida. Y es que lo del Evangelio y lo de Jesús siempre tiene algo de sorpresa inesperada que irrumpe.

Es cierto, en la cercanía a la persona de Jesús descubrimos que *algo suyo*¹⁵ se nos ha dado¹⁶ impregnándonos. Cuando lo queremos nombrar empezamos a narrar lo que nos ha sucedido: son historias de alivio que nos han sacado de nuestros encierros, que nos han liberado de todos los sumideros en los que nos ahogamos. Sea como sea, sentimos que podemos respirar porque el espacio reducido en el que nos movíamos se ha visto ampliado, ensanchado. A veces, esta experiencia se presenta en forma de deseo que nos empuja más allá de nosotros o de intuición que nos permite vislumbrar que hay más de lo que alcanzábamos a ver y comprender.

- **Modos de capacitar para caminar hacia ese horizonte**

1. Capacidad de interioridad

Tenemos la experiencia aunque no siempre logremos nombrarla: lo que vivimos y nos sucede nos afecta de modos distintos. Hay cosas que “nos resbalan” y otras que “nos llegan al corazón”. Hay cosas que quedan en la superficie y otras alcanzan lo más hondo de nosotros mismos.

Reconocemos, pues, que hay niveles distintos en eso que llamamos “dentro” de nosotros: la interioridad. En nuestro imaginario estamos acostumbrados a contraponer la exterioridad a la interioridad, cuando en realidad lo contrario a aquella es la superficialidad, el quedarse en lo epidérmico de nosotros mismos, de los otros. Por tanto, desarrollar la capacidad de interioridad supone:

- Capacidad de *mirar hacia dentro*, es decir, capacidad de conectar con nuestro mundo interior, de captar lo que pasa “dentro” de nosotros, de ponerle nombre.

¹⁵ «Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo» (Gálatas 4:6)

¹⁶ «La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Romanos 5:5)

- Capacidad de *vivir desde dentro*, es decir, capacidad de relacionarnos con lo exterior desde dentro de nosotros mismos.

¿Cómo ayudar a capacitarnos en todo ello? ¿Cómo ayudar a conectar con “lo interior”, a darse cuenta nombrándolo? ¿Podemos ayudar a que los jóvenes identifiquen esos niveles en los que se ven alcanzados y afectados de formas diferentes por lo que viven?

Una pedagogía de la pregunta permitiría ir recorriendo esos estratos interiores a la vez que nombrando lo que ahí sucede. Sólo a partir de ese reconocimiento podemos ayudar a identificar hacia dónde conduce todo ello ya que somos movidos por lo que acontece en nosotros en una dirección u otra: en ocasiones lo que vivimos nos encierra y, otras, nos despliega más allá. Es el momento de elegir.

2. Capacidad de elección

Suscitar experiencias de trascendencia implica contar con un horizonte, un “hacia dónde”. Su ausencia provoca un estado de confusión en el que la falta de claridad nos desorienta. En esos momentos lo normal es ir tirando, vivir a base de impulsos, reactivamente. Por ello, el “hacia dónde” debe complementarse con el “desde donde” y la mirada atenta hacia dentro ayuda a descubrirlo. Es entonces cuando podemos reconocer que estamos arraigados en lo que recibimos, que no nos construimos desde lo que conquistamos con nuestro esfuerzo y voluntarismo sino desde lo que nos es dado y vamos siendo capaces de recibir.

Salir de la lógica de lo conquistado y entrar en la del don despierta el agradecimiento y éste moviliza la generosidad que nos despliega más allá de nosotros mismos. El agradecimiento intensifica el deseo que nos lleva a buscar y elegir aquello que *más* conduce y nos encamina hacia ese horizonte.

Para suscitar experiencias de trascendencia necesitamos, por tanto, desarrollar una pedagogía del deseo. Cuando éste se ve intensificado se despierta en nosotros el impulso a elegir con el criterio de aquello que más nos orienta hacia ese horizonte de vida. Por ello, el *mirar hacia dentro* debe dar paso al *vivir desde dentro* ya que si no corre el peligro de quedar reducido a un ejercicio de introspección y autoanálisis que empieza y termina en uno mismo.

3. Capacidad de gratuidad

Suscitar experiencias de trascendencia implica contar con un “desde donde”, es decir, necesita un arraigo personal desde el que poderse desplegar.

“Los humanos enfermamos de dos maneras: por carecer de fundamentos o por situarlos en lugares falsos; por ausencia de horizontes o por fijarlos en metas equivocadas. De ahí la centralidad de no errar el tiro a la hora de establecer las bases de sustentación que deseemos dar a nuestro yo y el horizonte hacia el que queremos que se despliegue.

No estamos ante una cuestión baladí. Estamos tal vez ante la tarea más decisiva de la vida humana y de la fe, y también la más difícil de procesar evangélicamente. ¿Hacia dónde nos conduce el Espíritu del Resucitado? Hacia un cambio de fundamentos en las bases del yo. El suelo del yo, su roca, según la fe, no está en lo

que el yo puede hacer, sino en el dato primero y originante de ser criatura que surge del amor y de la llamada de Dios¹⁷.

Una mirada atenta hacia dentro nos permitiría identificar cuáles son esas “bases de sustentación” en las que estamos haciendo pie. La pedagogía de la pregunta a la que hacíamos referencia sería fundamental en este descubrimiento ya que ayudaría a identificar los fundamentos del propio yo.

Gracias a esa mirada atenta podemos reconocer que oscilamos entre poner nuestras bases de sustentación en el propio yo y lo que éste va conquistando o en el don que nos es concedido, en lo recibido. Cada una de ellas despliega dinámicas de vida distintas haciendo que nos decantemos en una dirección u otra: no es lo mismo vivir desde la autoafirmación de lo conquistado por el yo que desde la gratuidad que surge del agradecimiento ante el don recibido. Sólo desde ahí es posible suscitar experiencias de trascendencia.

4. Capacidad de encuentro

Suscitar experiencias de trascendencia conlleva plantear si la persona se hace a sí misma o si por el contrario necesita de experiencias recibidas de fuera. Estas son las que nos configuran a partir del encuentro con el otro y es en ese ámbito donde descubrimos lo que está más allá de nosotros mismos como provocación y referencia absoluta.

Por ello, desarrollar esta capacidad nos permitirá establecer relaciones que vinculen, que vayan generando una trama de afectos. De esta manera, las personas creamos el ámbito donde nos revelamos al otro, donde se va desvelando el misterio que somos y nos habita. Para el crecimiento en esta capacidad hay varios elementos a cuidar:

- Evitar el ensimismamiento en sus diversas formas. Desde los “ensimismamientos pasivos” que serían aquellos que se abstraen o desinteresan de todo aquello que no es uno mismo, hasta los “ensimismamientos activos”, que serían aquellos que hablando de cualquier cosa o tema sólo hablan de “yo”.
- Evitar las tendencias y dinámicas de dependencia, manipulación, posesividad. Esto supondrá en ocasiones autocrítica, examen y esfuerzo.

2. El “cómo” del acompañamiento

- **Ayudar a “sentir y conocer internamente”**

1. Ayudar a ver

La ceguera del corazón. ¿Qué nos ciega?

- Los engaños
- Los apegos

2. Ayudar a comprender

A lo largo de los Evangelios, queda patente que el modo de tratar de Jesús con las personas es desde el acercamiento. La Ley marcaba nitidamente los límites del espacio que cada cual debía ocupar, límites infranqueables que separaban lo sagrado de lo profano, lo puro de lo

¹⁷ J.A.GARCÍA, *Cómo vivir el éxito y el fracaso. Claves evangélicas* Sal terrae: Revista de teología pastoral, Tomo 90, Nº 1059, 2002, págs. 673-686

impuro. Jesús rompe esos límites, derribando los muros de separación, rasgando definitivamente el velo del Templo. Trastoca las coordenadas «arriba/abajo», «dentro/fuera», que ubicaban a algunos en posiciones de poder, y a muchos en situaciones de sometimiento. Jesús trastoca acercándose a los de abajo y a los de fuera, quedando así excluido con los últimos.

Frente a lo mandado por la Ley, Jesús se acerca al leproso, rebasando no sólo los límites de lo que le mantiene en un status de pureza sacralizada, sino, sobre todo, rebasando los límites que protegen y defienden a la persona. Y es que acercarse conlleva no sólo un movimiento de salida del lugar que proporciona seguridad, sino que, sobre todo, conlleva la superación de prejuicios, de imágenes preconcebidas, de valoraciones enjuiciadoras. Acercarse posibilita la perspectiva que da la cercanía y ofrece un modo distinto de percibir y conocer al otro, modo imposible que se dé cuando se ve al otro desde lejos; acercarse posibilita también establecer un nuevo tipo de relación, en el que quedas desprotegido de esa aureola que acompaña a todo aquel que se sitúa desde la distancia y por encima de los demás.

Es el modo como Jesús se sitúa en el camino de Emaús: desde el acercamiento. Simplemente se pone a caminar con los discípulos. Llama la atención que no hay otra intención en él. No hay una pretensión oculta. Simplemente, se pone a caminar, dando tiempo a que surja, sin violentarlo, el diálogo y la confianza. Por su parte no hay recriminación hacia unos discípulos que abandonan en un momento en el que resulta inconcebible creer el anuncio de las mujeres, enloquecidas de alegría ante la tumba vacía del Nazareno. Jesús se pone a caminar con ellos sin importarle hacia dónde van, sin pretender cambiarles el rumbo que han tomado, sin buscar devolverlos al redil.

El acercamiento honesto que busca ponerse a caminar con el otro, vaya adonde vaya, posibilita la creación de espacios en los que se pueden plantear preguntas: «¿De qué veníais hablando? ¿Qué ha pasado?», les pregunta Jesús a los dos de Emaús. Hay un pequeño detalle que no debería pasar inadvertido: mientras ellos siguen hablando y haciéndose preguntas, Jesús se toma su tiempo, caminando a su lado, guardando silencio y escuchando. Este silencio le permite no sólo escuchar la narración de los acontecimientos ocurridos, sino, sobre todo, percibir las vivencias que los dos de Emaús tienen: decepción ante lo que se prometió y no se ha realizado; frustración ante unas expectativas incumplidas. Por debajo de lo narrado, Jesús percibe lo vivido por los dos discípulos. Y su respuesta se situará justamente en ese nivel: el de la vivencia. ¿No es acaso éste el punto de encuentro entre Jesús y los dos discípulos?

Cuando los discípulos alcanzan a comprender lo que les ha sucedido en el camino, los acontecimientos vividos adquieren un sentido y un significado que dan una nueva orientación a sus vidas.

3. Ayudar a poner nombre

Conocemos el relato: Pablo va camino de Damasco para apresar a los discípulos que se habían dispersado y ocultado tras la matanza del diácono Esteban. En el camino ve algo; mejor dicho, ve a Alguien que se dirige a él, Alguien que le sale al paso. Aquello le derribó. Fue inesperado. Le cegó. No veía lo que podía significar. Ante aquello que ocurre tan inesperadamente, Pablo queda desencajado e incapaz de nombrar lo que le ha pasado. El horizonte en el que se estaba moviendo hasta ese momento queda completamente desdibujado: «aunque tenía sus ojos bien abiertos, no veía nada» (Hch 9,8).

Hay experiencias que nos encajan, porque contamos con unas referencias previas que nos permiten explicarlas, de modo que no comportan novedad alguna dentro de nuestro

horizonte vital; sin embargo, de pronto, sucede algo que no te explicas, surge lo inesperado acompañado de una reacción de sorpresa y admiración ante lo imprevisto.

El hombre llega a percibir el fondo de su propia existencia cuando es capaz de ir más allá de ese estado de conciencia en el que se limita a describir la realidad, a explicar el funcionamiento de las cosas o a reconocer relaciones de causa-efecto o cuando supera el conocimiento objetivo, el uso de conceptos y determinaciones. Entonces entra en un contacto intuitivo e inmediato, poniendo en juego en un nivel de profundidad e intensidad enteramente nuevo, tanto las facultades cognoscitivas como afectivas. El hombre se reconoce así, remitido más allá de sí mismo, con un fundamento que le precede.

Sin embargo, el momento cultural hace que podamos empezar a hablar de experiencia espiritual al margen de una tradición religiosa, porque muchos de los que dan testimonio de tales experiencias no las refieren espontáneamente a una tradición religiosa. Ricos en experiencias humanas de todo tipo, un día quedaron impactados por la insignificancia y la vaciedad de la vida que llevaban: una vida exitosa según los criterios corrientes, pero, para ellos, vacía de sentido. Y esto se les imponía con tal fuerza que no concebían ya una vida carente de horizonte.

Al fallar esta vinculación con una tradición religiosa los sujetos de tales experiencias se encuentran con la dificultad para nombrarlas. Es la experiencia de Pablo de Tarso camino de Damasco. ¿Qué hubiera sido de él, cegado por el encuentro con Dios, si no hubiese sido acogido por Ananías y la comunidad de Damasco?

Lo que le sucede a Pablo en el camino de Damasco tiene que ver con ese tipo de experiencias desconcertantes, que rompen la armonía y el orden en que vivía hasta ese momento. Pablo se encuentra ante algo que no es comparable con nada que le hubiera sucedido con anterioridad, y por ello lo percibe como novedad; se encuentra ante algo que supera los límites de su marco interpretativo, y por ello se reconoce desbordado. En ese momento aparece Ananías, que le ayuda a ver y comprender con claridad no sólo lo que había sucedido en el camino, sino también el sentido que tiene. Por eso, Pablo no se entiende sin Ananías. El lugar que éste ocupa en su itinerario es fundamental, y su modo de proceder exquisito: le acoge y le acompaña en un momento clave, y luego desaparece. Ananías tan sólo está al servicio de aquello que el Espíritu ha despertado en Pablo, sin suplantar a Aquel que tiene el verdadero protagonismo, sin manipular la obra de Dios, consciente de que es Él quien va gestando lo nuevo, discípulo que ve y escucha en profundidad, hasta el punto de percibir esos gemidos que el Espíritu va balbuciendo en cada criatura (Rm 8,23).

Ananías ayuda a Pablo a nombrar lo que le ha sucedido en el camino porque toda experiencia comporta dos momentos: su vivencia y su comprensión. Sólo si lo vivido es asimilado e incorporado, la vivencia podrá otorgar un nuevo horizonte y una nueva orientación a la persona.

- **Ayudar a discernir los pasos que encaminen hacia el horizonte**

1. Discernir los pasos que podemos dar

¿Qué es lo que el amor nos pide hacer en concreto en las circunstancias concretas que cada uno vive?

El discernimiento no es un fin, es un medio para dar "la respuesta lo más evangélica posible a los desafíos concretos de la vida" El discernimiento es el amor que desea responder "lo más" (apunta a la generosidad), "posible" (apunta al realismo ya que lo más imposible no existe)

Estos dos elementos, "lo más" y "posible", nos sitúa en una tensión entre:

- La magnanimidad, tener un corazón tan generoso que se está dispuesto a lo que haga falta
- La humildad, contar con las posibilidades de la realidad

Esa tensión la podríamos formular diciendo "tener un corazón tan generoso que se está dispuesto a hacer lo más pequeño", "hacer lo más pequeño con el mismo espíritu que si estuviera haciendo lo más grande", "sólo las personas que tienen el corazón grande están dispuestas a hacer lo más pequeño"

Esta tensión permite que no nos quedemos en "lo menos" y nos evadamos por "lo imposible"

Resumiendo:

- El discernimiento busca la concreción del amor y por eso cuenta con las mediaciones humanas, las mediaciones de la realidad, de "lo posible"
- El discernimiento busca esa concreción alentada por el espíritu de "lo más"

2. Discernir las actitudes con que damos esos pasos

No se trata sólo de lo que tenemos que hacer sino también de las actitudes con que las hacemos. Y es que podemos identificar dinámicas en nosotros que condicionan nuestras actitudes:

2.1. La dependencia a la propia imagen. Buscamos quedar bien, el tener éxito, reconocimiento, no generar conflictos y no siempre tenemos "la pura intención del servicio divino" como dirá san Ignacio. Por ello tenemos que discernir el grado de libertad frente a nuestra propia imagen. Podemos tomar decisiones sobre lo que tenemos que hacer en función de la propia imagen, del quedar bien, del tener éxito, del reconocimiento.

Nuestra libertad se puede ver debilitada por los engaños (Dos Banderas) y por los apegos (Tres binarios).

2.2. Los afectos desordenados. Todos tenemos la experiencia de algo que es secundario se ha convertido en intocable. Estaríamos dispuestos a hacer lo que fuera menos eso que consideramos intocable. Nos guardamos una carta, no jugamos limpio. ¿Qué es aquello que considero intocable? ¿Qué aquello que me quitaría libertad?

2.3. El miedo. Miedos tenemos todos, es un sentimiento humano. La cuestión es no decidir dese el miedo. El miedo paraliza, bloquea y condicionan la libertad para dar la respuesta que tenemos que dar.

3. Discernir el estilo con el que damos esos pasos

El Evangelio hay que anunciarlo evangélicamente. El fin no justifica los medios. Por eso hay que discernir los modos como anunciamos el Evangelio. Los Ejercicios emplean referencia a ese estilo "pobreza con Cristo pobre"

Cuanto más evangélicos sean nuestros estilos de hacer las cosas, más evangélicos seremos. Lo que sucede es que hacer las cosas evangélicamente tiene sus costos. Podemos elegir aquella manera de hacerlas que sean más eficaces pero no siempre eficacia es

sinónimo de evangélico. La compasión, la misericordia, la paciencia se nos puede presentar como modo poco eficaces de hacer las cosas.

3. El "quién" del acompañamiento

- Fortalecer el *sujeto* que camina hacia el horizonte

1. Personas de deseos

Deseos de amar más, servir más, identificarse más con el Señor. Sin deseos no hay discernimiento. Ser personas de deseos es distinto a ser personas que van saliendo al paso haciendo lo que toca, lo que está mandado. Ser personas de deseos es distinto a ser personas que van tirando.

El discernimiento nace del deseo y la fuente ignaciana del deseo es el agradecimiento. El agradecimiento ante lo recibido. Lo recibido nos saca de la lógica de los derechos adquiridos, de la relación contractual con Dios, del "te doy para que me des", nos adentra en la lógica de la gratuidad.

Deseo. Agradecimiento. Don. Gratuidad. Es la atmósfera de la que respira el discernimiento que busca responder al amor recibido. Sin embargo, estamos respirando otro aire: el de una cultura que nos recuerda permanentemente lo que nos falta y que despierta necesidades que reclaman ser satisfechas.

2. Personas flexibles

Flexibles porque el discernimiento elige entre mediaciones que tienen ventajas e inconvenientes. Difícilmente una persona intransigente podrá ser una persona de discernimiento.

Personas extremistas, maniqueas, fundamentalistas difícilmente podrán ser sujetos de discernimiento porque tendrán claras dificultades para aceptar lo relativo de las mediaciones. Una cosa es el relativismo y otra la flexibilidad. Por eso hay que evitar dos extremos:

- Todo vale, relativizar
- Sólo vale esto, absolutizar

El discernimiento ocupa el espacio intermedio entre esos dos extremos

3. Personas que cuidan su libertad interior

No personas libres, si no personas que cuidan su libertad. Personas, por tanto, con capacidad de autocrítica, que admiten que se pueden autoengañar

Normalmente aquello que más nos encadena y quita libertad es lo más sutil e imperceptible para nosotros. Es aquello que nos pasa más inadvertido porque nos hemos identificado de tal manera que hemos perdido lucidez, autocrítica, capacidad de sospecha.

4. Personas que se dejan acompañar afectiva y efectivamente

No sólo personas que tienen acompañamiento si no que sobre todo se dejan acompañar. Esa voluntad afectiva y efectiva de dejarse acompañar supone ser claros, veraces, no enmascarar las cosas bajo eufemismos, medias palabras.

El acompañamiento no suplanta a la persona en las decisiones que ella misma debe tomar. El sujeto de discernimiento es aquel que dice por sí mismo "yo quiero y deseo y es mi deliberación determinada".

5. Personas que aceptan que se pueden equivocar

El discernimiento no nos hace infalibles. Podemos hacer un buen discernimiento y equivocarnos. El discernimiento pretende hacernos más libres, más generosos, más limpios en nuestras intenciones. Con estas actitudes y disposiciones elegimos lo que creemos que más conduce al fin para el que hemos sido creados pero luego la vida tiene que confirmar aquello que se ha discernido

- **Acompañar los distintos tiempos que se dan en el camino**

1. Cuando tenemos que tomar pequeñas decisiones en la vida cotidiana

Es el discernimiento que tiene que ver con la atención y el cuidado con el que vivimos nuestra vida cotidiana y da un tono evangélico a lo pequeño de cada día. Esa atención y cuidado nos permite generar un talante de discernimiento que hace que la respuesta espontánea que damos a lo cotidiano tenga un espíritu evangélico.

El espacio de atención y cuidado de este discernimiento de lo cotidiano es el examen. Los Ejercicios hablan de distintos tipos de exámenes: el examen general, el examen particular, el examen de la oración. El examen en sus distintas modalidades no es sólo un ejercicio es una actitud que intenta fomentar un estilo de vivir atento, cuidadoso. Es una actitud de acción de gracias.

En la medida en que el examen sea una dinámica vital seremos personas que actuarán cada vez más espontáneamente de forma más evangélica. Se irá generando un talante de discernimiento que hará que las decisiones cotidianas sean más evangélicas. Ese modo evangélico de vida no se improvisa.

Hay estilos, modos de vida que suponen una dificultad real para generar ese talante de discernimiento:

El ritmo de vida. Hay ritmos de vida acelerados y otros, indolentes.

Los ritmos de vida acelerados provocan dispersión, saturación, quemazón. No es lo mismo cansarse que quemarse. Estos ritmos de vida los podemos identificar:

- En la agresividad, irritabilidad que se manifiesta en malestar generalizado
- En descenso de calidad en lo que hacemos. Cada vez preparemos menos e improvisamos más
- La compulsividad. El desequilibrio que provoca el acelere vital busca la compensación.

El ensimismamiento. Son situaciones en las que uno mismo, el modo de ver, las preocupaciones, los deseos, los propios logros o fracaso ocupan toda la escena y no deja sitio para nada ni nadie más.

Necesitamos lucidez sobre los procesos interiores que nos llevan hasta ese punto. Necesitamos vigilar para identificar los pasos que hemos ido dando hasta llegar a esa situación.

- **Ensimismamiento ideológico.** Leemos, escuchamos, prestamos atención, damos validez a las cosas no ya en función del valor que tienen en sí mismas sino en función de quién lo dice. Ideas, personas, puntos de vista absolutizados.
- **Ensimismamiento por objetivos.** Mis objetivos, mis metas, mis propósitos absolutizados. Una crítica a ellos es una crítica a mi persona. La identificación de la persona con todo ello le hace perder perspectiva.
- **Ensimismamiento por victimismo.** Uno se siente víctima de injusticias, minusvaloraciones de los otros. Se instala en la queja y el lamento. Una variable de este ensimismamiento es el resentimiento o el rencor por algo que me hicieron. El resentimiento nos atrapa, deforma las percepciones de la realidad.

“El resentimiento es una especie de virus que nos agrede a todos tras la agresión injusta. El mayor mal que nos puede causar el mal recibido no será aquello de lo que se nos priva sino el dejarnos dentro el resentimiento, que alimenta en nosotros la misma lógica malvada del agresor: no es quitarnos algo sino hacernos malos. El germen de esa maldad es el resentimiento que siempre se parece a una herida mal curada”(José Ignacio González Faus)

2. Cuando tenemos que tomar decisiones de una cierta envergadura

Son ocasiones en que tenemos que tomarnos un tiempo. Para entonces será importante que hayamos generado un talante de discernimiento desde la atención y el cuidado de lo cotidiano. Tomarse un tiempo no es dejar pasar el tiempo. Es estar especialmente atentos, cuidar la oración y el acompañamiento.

3. Cuanto tenemos que tomar decisiones que comprometen la vida

Son lo que los Ejercicios llamarán elección de estado de vida y que piden una carga más fuerte e intensa de discernimiento.

Una palabra sobre la **reforma de vida**. En el contexto de una experiencia de vida nos puede suceder que captamos una llamada del Señor a reformar algún aspecto concreto de nuestra vida. Es lo que nos puede pasar en unos Ejercicios en que nos damos cuenta de que algo de nuestra vida no puede seguir siendo así en mi vida.

- **Ayudar a “resistir” ante las dificultades que se presenten**

1. El momento de la dificultad es tiempo de cuidar nuestra interioridad

Somos invitados a poner más atención en el cuidado de nuestra interioridad, para poner en juego, de verdad, todas las posibilidades interiores de nuestra persona, especialmente aquellas que están ocultas, aquellas que parece que no están, pero que, muchas veces de modo sorprendente, afloran en los momentos difíciles. Unas fuerzas de reserva que tantas veces desconocemos o minusvaloramos.

Pero, evidentemente, no se trata de estar atentos a la interioridad sólo en el momento puntual de la dificultad, sino que hay una llamada al cultivo constante de nuestra experiencia interior, cultivo que la fortalece y que posibilita que de dicha experiencia obtengamos la fortaleza necesaria en el momento de la dificultad. El impacto de una misma dificultad sobre la persona es muy diverso según lo fuerte que esté interiormente esa persona: si la dificultad nos viene cuando estamos débiles, su impacto será mucho mayor que si nos acaece cuando estamos más fuertes. La dificultad, cuando estamos fuertes, produce arañazos, pero cuando nos encuentra débiles puede dejar heridas, y no es lo mismo una herida que un arañazo.

La capacidad de pronta respuesta a la dificultad es importante. Es decisivo no dejarla crecer, el afrontarla antes de que tome demasiado cuerpo o fuerza. Y en esa agilidad de respuesta ante la dificultad, importante para que ella no gane demasiado terreno en poco tiempo, tendrá mucho que ver lo despiertos y activos interiormente que nos encontremos. Si no lo estamos, cuando nos demos cuenta, puede ser ya demasiado tarde.

Con ocasión de la dificultad somos invitados también a revisar y preguntarnos lo adecuados o inadecuados que son nuestros modos de estar y situarnos en la vida, nuestras dinámicas de vida. Porque hay dificultades que tienen que ver con ello: con los modos y las dinámicas con las que vivimos y con las actitudes con las que afrontamos la vida.

Voy a exponer dos ejemplos concretos:

- hay dificultades que tienen mucho que ver en origen o son potenciadas por un ritmo de vida inadecuado y desequilibrado, que es aquel que sobredimensiona unas dimensiones de la vida en perjuicio de otras que también necesitan cuidado y atención. El desequilibrio en el ritmo de vida suele repercutir en forma de cansancio, desánimos, conflictos con las personas que me rodean, pérdida de ilusión y de calidad en aquello que se hace...;
- hay dificultades que tienen que ver con las actitudes con las que nos situamos en la vida. Actitudes como el autocentramiento, la dependencia de la propia imagen o de la opinión ajena, la desmesura de las expectativas, la desproporción de los fines, la falta de serenidad en la vivencia del éxito y/o del fracaso... nos suelen abocar a decepciones, negatividades, agresividades...

La llamada de fondo es ésta: el momento de la dificultad es también momento del autoexamen, porque entre las dificultades de la vida hay muchas que nos provocamos nosotros mismos o que, viniendo de fuera, nuestro ritmo de vida inadecuado o nuestras actitudes incorrectas potencian. Las más de las veces las dificultades externas son minimizadas o maximizadas según las actitudes con las que vivimos y con las que las afrontamos. Aquella misma dificultad que cuando estoy bien me parece abordable o asumible, cuando estoy mal me parece un obstáculo insalvable.

2. La dificultad es el momento de poner en juego nuestra capacidad de perseverancia

En clave de espiritualidad ignaciana el momento de la dificultad es también el momento de poner en juego nuestra capacidad de perseverancia. Una perseverancia que se asienta en la confianza, en una honda y profunda confianza, que Ignacio expresa de un modo precioso en los Ejercicios: *"... el auxilio divino, el cual siempre le queda, aunque claramente no lo sienta" [EE 320].*

La confianza es para los momentos de dificultad. En los momentos en los que todo va bien lo que se da no es confianza sino evidencia. Y en los momentos en que las cosas van mal, ¿en qué podemos apoyar esa confianza necesaria para perseverar? En la memoria. Una memoria agradecida de lo que el Señor ha hecho con nosotros.

Pero no nos engañemos: los humanos perdemos memoria. Perdemos memoria muchas veces de un modo sorprendente y veloz, y en la dificultad esa pérdida de memoria es aún más acusada. La tormenta de hoy hace olvidar enseguida los días estupendos que la precedieron. Es un tema que en la Biblia es recurrente: continuamente el Señor le está diciendo a su pueblo que ha olvidado, que olvida. Y nosotros no estamos hechos de pasta distinta a la de aquel pueblo que con tanta frecuencia olvidaba "las acciones del Señor".

Si eso es así, si, como la experiencia nos demuestra, somos tan propensos al olvido, hay que cuidar la memoria, hay que trabajarla y alimentarla. La memoria se mantiene más viva cuando las vivencias y experiencias se interiorizan, se asimilan, dejamos que impacten el corazón... Y cuando no lo hacemos, la vida se nos va de las manos, se nos escapa sin disfrutarla y sin aprender de ella. La espiritualidad ignaciana nos invita a ser personas de memoria, y de memoria agradecida, porque ello nos hará capaces de confiar, de esperar y de resistir en la dificultad. Ese trabajo de la memoria es siempre el primer punto en el "examen", en el "examen de consciencia" cotidiano que es el "mínimo ineludible" de una experiencia espiritual.

3. Los momentos de dificultad nos abren a las preguntas

Es muy bueno hacernos preguntas, y las dificultades son muchas veces las que nos ayudan o nos obligan a preguntarnos más allá de las inercias y de los conformismos. Preguntas obligadas, preguntas necesarias, preguntas difíciles o duras: sin embargo, y con todo, divinas preguntas. El evangelio está lleno de preguntas que Jesús hace y muchas de esas preguntas lo que pretenden es que quien las recibe tome conciencia de sí mismo, de sus necesidades, de sus deseos, de sus proyectos de vida.

La vida y las dificultades de la vida nos plantean muchas preguntas que nos hacen tanto más bien cuanto menos prisa tenemos en contestarlas. La tentación que nos asalta muchas veces es dar respuestas precipitadas, superficiales... Nos cuesta sostener las preguntas, vivir con ellas. Hay que aprender a aceptar la pregunta y convivir con ella todo el tiempo que sea necesario, hasta que sintamos que la respuesta nace del corazón y lo pacifica... O incluso aunque no lleguemos a encontrar la respuesta nunca...